

Homilías Domingo 31 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo un letrado se acercó a Jesús y le preguntó:

- ¿Qué mandamiento es el primero de todo?

Respondió Jesús:

- El primero es: «Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. « Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser».

El segundo es éste: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay mandamiento mayor que éstos.

El letrado replicó:

- Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Santo es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:

No estás lejos del Reino de Dios.

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Lo primero es el amor.

Lo más importante: lo primero, nos dice hoy Cristo en el evangelio, es amar a Dios y amar al prójimo: más claro aún; amarle a Dios en el prójimo y más concreto y sencillo: amarle a Dios amando al prójimo .

Porque, no nos engañemos, no se puede amar a Dios, si no amamos al prójimo. Posiblemente antes pensábamos que se podía amar a Dios sin hacer nada por los demás.

Habíamos convertido la fe en un acto de amor y entrega a Dios; pero desconectado de nuestra vida diaria. Nos deshacíamos en oraciones, novenas, misas y toda serie de prácticas religiosas; pero fallaba gravemente nuestro interés por los demás. Y creíamos tenerle contento a Dios con nuestro cumplimiento riguroso de unos mandamientos.

Hoy se nos insiste más en la segunda parte de este mandamiento: amarle a Dios, amando al prójimo.

Es decir, lo importante es amar a Dios, no en la iglesia, en la oración; sino en la calle, en casa, en el trabajo, en los pobres y necesitados de amor. Dios, en el cielo, no necesita ser amado; lo necesita aquí en la tierra.

Aquí sí que necesita nuestro amor, y nuestra ayuda.

La vida es para hacer milagros, los miércoles, y los jueves, y los domingos. La vida no es para sentarse esperando que Dios haga milagros espectaculares, no es para limitarse a confiar en que Él resuelva nuestros problemas, sino para empezar a hacer ese milagro pequeño que Él puso ya en, nuestras manos, el milagro de querernos y ayudarnos.

¿Es que será más milagroso devolverle la vista a un ciego que la felicidad a un amargado? ¿Más prodigioso multiplicar los panes que repartirlos bien? ¿Más asombroso cambiar el agua en vino que el egoísmo en fraternidad?

Si los hombres dedicásemos a construir milagros pequeños la mitad del tiempo que invertimos en soñar los espectaculares, seguramente el mundo marcharía ya mucho mejor.

Y el milagro de amar podemos hacerlo todos, niños y grandes, pobres y ricos, sanos y enfermos. Fijaos bien, a un hombre pueden privarle de todo menos de una cosa: de su capacidad de amar.

Un hombre puede sufrir un accidente y no poder volver ya nunca a andar.

Pero no hay accidente alguno que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Amar es una capacidad inseparable del alma humana, algo que conserva siempre incluso el más miserable de los hombres.

Sólo en el infierno no se podrá amar. Porque el infierno es literalmente eso: no amar, no tener nada que compartir, no tener la posibilidad de sentarse junto a nadie para decirle, ¡ánimo!

Pero mientras vivimos no hay cadena que maniate al corazón, salvo claro está la del propio egoísmo, que es como un anticipo del infierno.

En cambio, allí donde se ama se ha empezado a construir ya el cielo a golpe de milagros. En definitiva, los milagros, para Jesús, eran ante todo «los signos del reino», ¿y qué mejor signo de un reino de amor total que empezar queriéndose aquí con amores pequeñitos?.

(B)

El Amor se aprende.

Casi nadie piensa que el amor es algo que hay que ir aprendiendo poco a poco a lo largo de la vida. La mayoría da por supuesto que el ser humano sabe amar espontáneamente.

Por eso se pueden detectar tantos errores y tanta ambigüedad en ese mundo misterioso y atractivo del amor.

Hay quienes piensan que el problema del amor consiste fundamentalmente en ser amado y no en amar. Por eso se pasan la vida esforzándose por lograr que se los ame.

Para estas personas lo importante es ser atractivo, resultar agradable, tener una conversación interesante, hacerse querer. En general, terminan siendo bastante desdichados.

Otros están convencidos de que amar es algo sencillo y que lo difícil es encontrar personas agradables y apropiadas a las que se les pueda querer. Estos sólo se acercan a quien les cae simpático. En cuanto no encuentran la respuesta apetecida, su "amor" se desvanece.

Hay quienes confunden el amor con el deseo. Todo lo reducen a encontrar a alguien que satisfaga su deseo de compañía, afecto o placer. Cuando dicen "te quiero", en realidad están diciendo "te deseo", "me apetece".

Cuando Jesús habla del amor a Dios y al prójimo como lo más importante y decisivo de la vida, está pensando en otra cosa.

Para Jesús, el amor es la fuerza que mueve y hace crecer la vida pues nos puede liberar de la soledad y la separación para hacernos entrar en la comunión con Dios y con los otros.

Pero, concretamente, ese "amar al prójimo como a uno mismo" requiere un verdadero aprendizaje, siempre posible para quien tiene a Jesús como Maestro.

La primera tarea es aprender a escuchar al otro. Tratar de comprender lo que ocurre en su intimidad. Sin esa escucha sincera de sus sufrimientos, necesidades y aspiraciones no es posible el verdadero amor.

Lo segundo es aprender a dar. No hay amor allí donde no hay entrega generosa, donación desinteresada, regalo. El amor es todo lo contrario a acaparar, apropiarse del otro, utilizarlo, aprovecharse de él.

Por último, amar exige aprender a perdonar. Aceptar al otro con sus debilidades y su mediocridad. No retirar rápidamente la amistad o el amor. Ofrecer una y otra vez la posibilidad del reencuentro. Devolver bien por mal.

(C)

El ateísmo del carbonero

Son bastantes los que, durante estos años, han ido pasando de una fe ligera y superficial en Dios a un ateísmo igualmente frívolo e irresponsable. Se podría decir que viven un «ateísmo de carbonero».

Hay quienes han eliminado de sus vidas toda práctica religiosa y han liquidado cualquier relación con una comunidad creyente. Pero, ¿basta con eso para resolver con seriedad la postura personal de uno ante el misterio último de la vida?

Hay quienes dicen que no creen en la Iglesia ni en "los inventos de los curas", pero creen en Dios. Sin embargo, ¿qué significa creer en un Dios al que nunca se le recuerda, con quien jamás se dialoga, a quien no se le escucha, de quien no se espera nada con gozo?

Otros proclaman que ya es hora de aprender a vivir sin Dios, enfrentándose a la vida con mayor dignidad y personalidad. Pero,

cuando se observa de cerca su vida, no es fácil ver cómo les ha ayudado concretamente el abandono de Dios vivir una vida más digna y responsable.

Bastantes se han fabricado su propia religión y se han construido su propia moral a medida. Nunca han buscado otra cosa que situarse con cierta comodidad en la vida, evitando todo interrogante que cuestionara seriamente su existencia o les obligara a plantearse una conversión.

Algunos no sabrían decir si creen en Dios o no. En realidad no entienden para qué pueda servir tal cosa. Ellos viven tan ocupados en trabajar y disfrutar y tan distraídos por los problemas de cada día, los programas del televisor y las revistas de fin de semana, que Dios no tiene sitio en sus vidas.

Pero, nos equivocariamos los creyentes sin pensáramos que este ateísmo frívolo se encuentra solamente en esas personas que se atreven a decir en voz alta que no creen en Dios. Este ateísmo está también en el corazón de los que nos llamamos creyentes, pero sabemos que Dios no es el único Señor de nuestra vida ni siquiera el más importante.

Hagamos solamente una prueba. ¿Qué sentimos en lo más íntimo de nuestra conciencia cuando escuchamos despacio, repetidas veces y con sinceridad estas palabras: «Escucha... El Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser?»

¿Qué espacio ocupa Dios en mi corazón, en mi alma, en mi mente, en todo mi ser?

(D)

Lo primero de todo.

Pocas experiencias cristianas más gozosas que la de encontrarnos de pronto con una palabra de Jesús que ilumina lo más hondo de nuestro ser con una luz nueva e intensa.

Así es la respuesta a aquel escriba que le pregunta: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Jesús no duda. Lo primero de todo es amar. No hay nada mayor que amar a Dios con todo el corazón y amar a los demás como nos amamos a nosotros mismos. La última palabra la tiene siempre el amor.

Está claro. El amor es lo que verdaderamente justifica nuestra existencia. La savia de la vida. El secreto último de nuestra felicidad. La clave de nuestra vida personal y social.

Y no se trata sólo de palabras. Hombres de gran inteligencia, con una capacidad de trabajo asombrosa, de una eficacia sorprendente en diversos campos de la vida, terminan siendo seres mediocres, vacíos y fríos cuando se cierran a la fraternidad y se van incapacitando para el amor, la ternura y la generosidad.

Su vida tan prometedora desde diversas perspectivas. termina en un fracaso en cuanto a lo esencial. Y aunque pretenda llenar su vacío en una relación amorosa egoísta con el otro sexo, «solamente será un funcionario del sexo, un burócrata que contabiliza placeres ante la carencia del goce supremo: el amor creador» (R. Garaudy).

Por el contrario, hombres y mujeres de posibilidades aparentemente muy limitadas, poco dotados para grandes éxitos, terminan con frecuencia irradiando una vida auténtica a su alrededor, sencillamente porque se arriesgan día a día a renunciar a sus intereses egoístas y son capaces de vivir con atenta generosidad hacia los demás.

Lo creamos o no, día a día se va construyendo en cada uno de nosotros un pequeño monstruo de egoísmo, frialdad e insensibilidad a los otros, o un pequeño prodigio de ternura, fraternidad y solidaridad con los necesitados.

¿Quién nos podrá librar de esa increíble pereza para amar desinteresadamente y de ese egoísmo que reside en el fondo de nuestro ser como un cáncer invisible pero eficaz?

Ciertamente, el amor no se improvisa ni se inventa ni se fabrica de cualquier manera. El amor se acoge, se aprende y se contagia.

Una mayor atención al amor de Dios revelado en Jesús, una escucha más honda y un silencio más prolongado ante Dios, una apertura mayor a su Espíritu, pueden hacer surgir poco a poco de nuestro ser posibilidades de amor que hoy ni sospechamos.

(E)

“Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios es el único: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. El segundo es éste: “amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos”.

Es posible que la pregunta sea capciosa y maliciosa. Pero la respuesta de Jesús es sincera, es verdadera y esencial.

El mundo está lleno de preguntas. El hombre está lleno de preguntas. El hombre mismo es un mundo de preguntas. Sin embargo, con frecuencia nosotros hacemos preguntas insustanciales. Preguntas secundarias, que en nada afectan a las profundidades del hombre.

Nos entretenemos con preguntas capciosas también nosotros. Y guardamos un profundo “silencio a las preguntas esenciales”. Jean Guitton, filósofo francés, y profundo creyente nos dejó como testamento un precioso librito cuyo título dice así: “Silencio sobre lo esencial”. Y en su prólogo decía “Sobre lo esencial, se guarda silencio”. Y habla del “silencio por pudor” frente al misterio, “silencio de caridad”, por motivos de paz.

Se ha dicho que los niños son los grandes filósofos, porque, “todo lo preguntan”, todo les preocupa y todo les despierta la curiosidad. El escriba del Evangelio hace una pregunta “sustancial”. No pregunta sobre los mandamientos. Pregunta por el “mandamiento esencial”. Y cuando a Jesús le hacen preguntas sobre lo esencial, también responde con respuestas esenciales.

“Escucha, Israel”. Es el primer paso para hacer preguntas esenciales y para entender las respuestas esenciales.

Quien no se escucha por dentro, tampoco hará preguntas que respondan a su núcleo interior.

Quien no escucha a Dios, tampoco tendrá respuestas a Dios. Se habla mucho del diálogo, y creemos que es fundamental.

Pero ¿qué diálogo puede darse en quien no se escucha y quien no escucha al otro?

Se cuenta de un esposo que tenía problemas con su mujer. Acudió a uno de los sabios preguntándole ¿qué podría hacer para salvar su matrimonio?

El sabio le dice: “Durante un mes escucha todas las palabras de tu mujer”.

Pasado el mes volvió. “He escuchado atentamente todas las palabras de mi esposa”.

Pues ahora, le dice el sabio, vete y “durante un mes escucha las palabras que tu esposa no te dice”.

Escuchar lo que se nos dice y escuchar los silencios.

Escuchar la Palabra de Dios y escuchar los silencios de Dios.

Dios es palabra. El hombre es escucha.

Y sólo podrá hablar cuando haya escuchado.

“Amarás a Dios con todo tu ser”. Amar más allá de los sentimientos. Hay que amar con la mente, con el corazón, con el ser entero. No se ama solo con los labios. Ni con los abrazos. Ni con el cuerpo, si antes no amamos con nuestra mente, valorando y estimando a Dios, como “el único Señor”.

No se ama a Dios cuando en el corazón llevamos otras divinidades escondidas.

Amar a Dios escuchándole con la mente.

Amar a Dios escuchándole con el corazón.

Amar a Dios escuchándole con todo nuestro ser.

“Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Eso sí, cuando digas que amas a Dios, primero pregúntate cuanto amas a tu hermano.

Es muy fácil amar lo que no se ve.

El problema es amar al hermano que vemos.

Siempre es más fácil amar a los que tenemos lejos.

El problema es amar lo que tenemos al lado.

Lo difícil es amar al que cada día tengo a mi lado.

El hombre no puede ser un estorbo en tu camino hacia Dios.

El hombre es tu camino hacia Dios.

No se trata de elegir entre Dios y el hombre. Dios y el hombre son amigos.

Cuando Dios quiso decirnos cuánto nos amaba, “se hizo hombre”. Cuando tú quieres decirle a Dios cuánto lo amas, también tienes que voltear la cara al hombre.

Dime cómo amas a tu hermano y te diré cómo es tu Dios.

Dime cómo es tu Dios y te diré como ves y consideras a tu hermano.

Cuando Dios quiere ver su rostro, no se mira en el espejo.

Cuando Dios quiere ver su rostro, se mira en el rostro de cada hombre.

No existe amor espiritual allí donde no hay un amor encarnado.

Para que tu amor llegue a Dios tienes que encarnarlo primero en el amor a tu hermano.

Lo que no se encarna tampoco se diviniza.

Lo que no pasa por el hombre, tampoco llega hasta Dios.

Lo que no se hace carne, tampoco se hace espíritu.

El único puente verdadero entre tú y Dios es sin duda el hombre.

Si prescindes del hombre es como si derrumbases el puente.

Y sin puentes no se puede pasar a la otra orilla.

P. Juan Jáuregui Castelo